



Dictadura y cultura

por Eugenia Brito

Temprano levantó la muerte el vuelo
Miguel Hernández

NUNCA OLVIDARÉ ESE DÍA

Me desperté temprano esa mañana. Helicópteros cruzaban el cielo. Aviones zumbaban sobre mi cabeza. Me levanté, sin embargo, y me dirigí a la Universidad.

En ese tiempo, estaba estudiando a Joyce y su novela *Finnegans Wake*.

Acababa de caer el gobierno.

Estaba en la Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, lugar en el que se había creado el Departamento de Estudios Humanísticos, que impartía Licenciaturas en Historia, Filosofía y Literatura, con una excelente planta académica. Yo ya era Profesora de Español (Literatura y Lingüística Hispana) y me había interesado en profundizar mis estudios, por ello, había decidido cursar dicha Licenciatura. Motivo por el que me encontraba allí cerca de las ocho de la mañana.

La atmósfera era pesada, muchos pensaban que la derecha y los militares emplazarían al gobierno de Salvador Allende, boicoteado desde sus inicios. Había un ataque muy fuerte a las políticas del Presidente, proveniente no sólo de la derecha, sino también de la Democracia Cristiana, bajo el liderazgo de Eduardo Frei Montalva. Esta campaña en contra de Allende y de su gobierno, la Unidad Popular, se llevaba a cabo no sólo por la prensa y la TV, sino que había constantes manifestaciones, muchas de ellas documentadas por el cineasta Patricio Guzmán, en *La Batalla de Chile*. Es famoso el acaparamiento de mercaderías, alimentos, telas, cigarrillos que obligaban a hacer grandes filas para poder obtener lo necesario: harina, café, mantequilla. Pan.

El paro de los camioneros fue un hito que debilitó el gobierno del Presidente Allende. En Octubre de 1972, este gremio decidió paralizar sus funciones de Norte a Sur, fortalecidos con dos millones de dólares de la CIA.



Poco a poco las estrategias de la oposición se fueron perfeccionando y lograron hacer paralizar al Transporte y, por ende, a una gran parte del país. Hasta hubo un Paro de los Médicos, lo que fue impresionante.

En el año 1972, yo trabajaba como Profesora de Español en el Liceo de Los Andes, que quedaba a una hora y media de Santiago en bus. Tenía una jornada completa de 36 horas de clases semanales, era directora de la Comisión de Enseñanza del Español en la comunidad, lo que incluía San Felipe, Los Andes, La Ligua. Examinábamos los planes y programas para determinar guías de lectura, bibliografías, desarrollo curricular y metodologías. Me costaba llegar a trabajar por los disturbios, acompañados de balas y como consecuencia, heridos y muertos a causa de los enfrentamientos y las embestidas.

Estas siguieron en aumento durante 1973, año en el que decidí estudiar en la Universidad de Chile. Lo hice movida por mi amor por la Literatura y porque sentía que aún no completaba mi formación. La situación política del país era prácticamente insostenible por los bloqueos, las campañas de terror emanadas de la derecha, los paros y la falta de abastecimiento de ítems de primera necesidad, lo que se prestaba a la especulación y el robo.

De todos modos, no pensé que el Gobierno estallararía de esa manera tan violenta y que, junto con él, se instalaría una extrema máquina de poder, que acabaría más temprano que tarde con toda la lógica de una vida democrática.

Regresé a mi casa el día fatal y allí estaba mi familia reunida. Allende hablaba desde la Moneda, y pronunció su último discurso, en el que instaba a los trabajadores de Chile, a retirarse a sus hogares, sin oponer resistencia. No quería derramamientos de sangre y, de manera serena, buscaba en esas sus últimas palabras deponer cualquier choque con las fuerzas militares.

La infame Junta de Gobierno que todavía evoco como una pesadilla, apareció hablando por la radio y la televisión. Ellos establecieron un toque de queda de tres días, en los cuales persiguieron a los políticos chilenos, bombardearon La Moneda, nombre de nuestra Casa de Gobierno, y prohibieron salir de la casa, hasta más o menos el 14 de septiembre.

Sentada en el comedor de mi casa familiar escuché el sonido de esa destrucción de La Moneda.

El ruido de las balas y la sangrienta persecución se sentía en las calles, yo no vivía lejos de La Moneda, mi casa estaba ubicada sólo a cuadras del lugar del drama.

Al día siguiente se veía el resultado de ese bombardeo: completamente en ruinas, aparecía la casa que albergara a los representantes del Estado de Chile.

Creo que todo aquel que haya padecido una dictadura en América Latina sabe lo que significa la supresión de los derechos humanos, la confiscación de las libertades individuales, el estado de sitio y el reemplazo de autoridades civiles, con trayectoria cultural, por militares, la instalación de fuerzas de control y de represión en el interior de las universidades y de las instituciones públicas.

La posibilidad certera de allanamiento de los hogares y registro de ellos y de todos los bienes muebles por parte de los militares, el derecho a aprensión de los moradores sin razón alguna, el derecho al saqueo y hasta el asesinato de niños y jóvenes por cualquier razón.



No hablo de figuras conocidas, como los líderes de izquierda, Miguel Enriquez, Bautista Von Schouwen y otros, asesinados durante los días venideros al golpe de Estado. Sino de estudiantes y obreros que fueron acribillados por las balas o sin mediar juicio civil, enviados a prisiones, que eran, las más de las veces, centros de reclusión y tortura, como la isla Dawson, el Estadio Militar y tantas otras,

Todos ellos eran sitios de tortura y sufrimiento humanos.

2125 casos de víctimas muertas y 1102 casos de víctimas desaparecidas.

De acuerdo con las distintas Comisiones de Verdad, (Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, 1990); la cifra total de víctimas calificadas oficialmente es de 40.175 personas, incluyendo ejecutados políticos, detenidos desaparecidos y víctimas de prisión política y tortura.

Además de esta Comisión, que elaboró el famoso *Informe Rettig*, que intentó dar cuenta de las violaciones a los derechos humanos ocurridos en el país, hubo también en 1992 la Comisión Nacional de Reparación y de Reconciliación y en el año 2003, bajo el mando de Ricardo Lagos, la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, en la que declararon más de 35.000 personas que sufrieron estos rigores entre el 11 de septiembre de 1973 y el 10 de marzo de 1990. Y en el año 2009 se creó la Comisión Asesora para la calificación de Detenidos Desaparecidos y Ejecutados Políticos y Víctimas de Prisión Política y Tortura.

De modo que más allá de todo, esta fecha es no sólo evocación, sino duelo, por los que murieron de manera alevosa y cruel, Es duro recordar la historia que debimos enfrentar, que consistió, como dije, en convivir con el miedo, con la pena, lo que exigió una renuncia a cualquier aspiración o placer, en una disciplina, de coexistencia con personas que se consideraban posibles enemigos. Se perdió la confianza. Se vivió en el terror.

Fue un shock.

Creo sinceramente que una parte mía importante fue asesinada el 11 de septiembre de 1973.

Debo dejar en claro que no todo el proyecto de la Unidad Popular me gustó, que objeté algunas medidas económicas y políticas. Pero siempre admiré al Presidente y consideré paradigmática su figura. Pese a que hasta el día de hoy soy independiente de todo partido político, me acerco más a la izquierda y considero fundamental la idea de que toda sociedad debe posibilitar la igualdad de derechos en cuanto educación, vivienda, salud y transporte. Creo que con esa paridad se conquista una vida cotidiana más justa y tranquila. Considero una tragedia, una catástrofe en todos los sentidos, la muerte (su forzado suicidio) de Allende y la de tantos otros ciudadanos que nos faltan y que tampoco tenemos idea de dónde están.

No sólo la democracia se terminó sino también cualquier esperanza de construcción de una vida más justa y democrática.

NUEVO MODELO DE SOCIEDAD

Desde la década de los '40, el Estado chileno había asumido un rol impulsor en la economía y había consagrado derechos sociales que permitieron el mejoramiento de



las condiciones de vida de la población. De esta forma, fue tomando fuerza la idea del papel central que le correspondía al Estado en el modelo del desarrollo del país, otorgando cada vez más protagonismo a las clases populares, lo cual llegó a su punto cúlmine con el gobierno de la Unidad Popular y su compleja vía democrática hacia el socialismo.

El golpe de Estado puso un brusco punto final a este modelo de desarrollo y a la noción del Estado como protagonista de los procesos económicos y sociales del país. Al discurso socialista y con fuerte acento en las clases populares, característico de la Unidad Popular, se le opuso un discurso antimarxista y nacionalista, con el cual se intentó justificar la instalación de la dictadura y la represión que ésta conllevó y, a partir de 1976, a ésta se sumó el discurso neoliberal.

La división de clases se hizo más patente y a partir de la instalación del modelo neoliberal se generó un Estado Subsidiario, que potenció al sector privado, constituido por las capas dominantes del país.

Por más de treinta años hemos tenido una extrema privatización, lo que conllevó la destrucción de lo público. Se ha creado una cultura competitiva e individualista, con mínimos espacios comunes para ejercer la ciudadanía y vivir la democracia.

Desde 1980, el Estado se hace cargo de aquellas funciones que los privados no pueden realizar. Para todo lo demás, está el Mercado, que vehicula las necesidades de los ciudadanos bajo el signo del dinero. Las AFP, los planes médicos en las diferentes clínicas y hospitales, el tipo de colegio en el cual se pueda matricular al niño o niña desde el Jardín Infantil hasta la Educación Media. La casa propia, comprada mediante caros préstamos en UF bancarias, a las constructoras. Además, las compañías automotrices ofrecen préstamos con altos intereses si se quiere o se necesita comprar un vehículo.

En poco tiempo, la vida cambió radicalmente.

El caso emblemático fue el de las pensiones, que quedaron a cargo de las administradoras privadas las que después de ser 'elegidas' por los trabajadores se quedan con un 7% del dinero de cada trabajador el cual invierten los grupos empresariales que desde ese momento vieron cómo engrosaban sus fortunas. Hasta pasar a ingresar en la lista de las mayores fortunas del mundo.

Lucrar con el dinero y esfuerzo de las capas no hegemónicas puede ser muy atractivo para los que actuaron de manera decidida y tajante para apoyar el Gobierno y desarrollar una Constitución (la Constitución de los años '80) que garantizara ese abuso por parte de los privados.

Es así como la salud, la educación, en muchos casos, la vivienda y el transporte quedaron en manos de privados. Es cierto que yo pude elegir en qué administradora de fondos de pensiones cotizaba, pero lo que no podía saber era el impacto en la pensión, que se vería reducida a más de la tercera parte del sueldo que cada ciudadano imponía.

Lo de las pensiones fue la más dramática de las restricciones de la derecha, no vamos a descontar a la Salud, y la Educación. Mucha gente ha muerto por los altos costos de los exámenes y tratamientos médicos. O porque ha debido someterse a largas listas de espera que hacen casi imposible la mejoría de los o las enfermas. La medicina se privatizó y tener una salud mejor dependió de los planes a los cuales se puede optar y pagar, según la disponibilidad económica de cada persona.



Este sistema favoreció al sector más rico de la sociedad y generó un sistema de vida que fue denominado 'la dictadura de la tarjeta electrónica'.

Durante todo el tiempo hubo persecución a la gente de izquierda y también a todo aquel o aquella que recordase la democracia. La Canción Nacional que algunos colegios de enseñanza media cantaban los lunes a las 8.15, horario de entrada de los secundarios, aumentó su letra en un homenaje a las Fuerzas Armadas.

Cambió la enseñanza de Historia en los colegios, alterando el análisis de la Unidad Popular y, por cierto, considerando como grandes héroes a la Ultraderecha.

Muchos libros fueron eliminados de la Universidad. Se acortó la carrera de Literatura, en beneficio de la enseñanza de las técnicas y tecnologías.

Se dejó de enseñar Filosofía de manera obligatoria en los colegios de enseñanza media.

EL CAUTIVERIO

Sólo los exiliados salían del país.

Vigilados, controlados, sabedores de que todos nuestros datos biográficos los conocía la DINA nos movíamos con suma cautela.

Se hablaba en secreto, rozando el silencio, sólo para conocer a quién habían llevado. Desde las calles. O bien en la casa. En su escondite.

Alguien habló, alguien se vio obligado a hablar. Tomaron detenido o detenida a esta persona.

Entré en 1975 a trabajar como Profesora Instructora del Departamento de Lingüística y Filología de la Universidad de Chile, en el área de Gramática Sincrónica Española.

Al principio sólo debía estudiar, observar, asistir a las clases de los profesores que ocupaban las jerarquías más altas.

Movida por el deseo de comunicarme, señalé frente a algunos compañeros de trabajo el alza de precios del comercio. Silencio total. De inmediato, fui citada por el Director del Departamento de Lingüística, quien me señaló que no debía hacer ningún comentario sobre la situación política ni económica ni cultural del país.

Narro esto para dejar constancia de la problemática situación en la que se desarrollaban las actividades en Chile. Ese año (1975) se habían contratado nuevos profesores en la Universidad de Chile, en parte porque habían exonerado y retirado a muchos y, por otra parte, por el boom de la lingüística y las comunicaciones en el mundo. A pesar de las tragedias, los académicos intentaban seguir en sus vidas y avanzar en sus respectivos campos culturales.

No se podía preguntar nada, así es que yo ignoraba cómo cada uno de ellos y ellas habían sido afectados. Hace poco supe que, entre las profesoras contratadas, había una delatora, encargada de informar de nuestras actividades a la DINA. Eludíamos los temas de la política contingente hasta que no se pudo más.

Además de estar trabajando en el Departamento de Lingüística, yo estudiaba en el mencionado Departamento de Estudios Humanísticos, en el que integré un grupo con Diamela Eltit y Juan Balbontín.



En el año 1974, Juan Balbontín no apareció por la Universidad, él vivía en San Bernardo en aquellos tiempos.

Lo buscamos extrañadas por su ausencia, hasta contactarnos con su familia, que vivía en Osorno, para buscar a Juan.

En el auto de Diamela recorrimos lugares fuera de Santiago, hasta que cerca de un retén de carabineros, vimos con los ojos vendados pasar a nuestro amigo.

Escena imborrable para Diamela y para mí.

Juan estuvo preso unos cuantos meses. Cuando volvió hubo un gran silencio. Nunca le pregunté si había sido torturado o no, no me atreví a hacerlo.

Cambió para siempre. No completó sus estudios, pero escribió una magnífica novela. *El Paradero*, publicada en 1989.

En el año 1976 ocurrió una desgracia que remeció a nuestro Departamento de Lingüística: Rodrigo Medina Hernández, hijo de Malva Hernández, profesora de nuestro Departamento, desapareció.

Es decir, fue asesinado en su condición de militante del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionario). Su pérdida fue una tragedia para la familia y para las y los compañeros de trabajo de Malva.

Pero no todo terminó allí. Malva, enfrascada en su dolor y en la búsqueda del cuerpo de su hijo, fue acosada por varias autoridades. Estábamos bajo las órdenes de un Rector Militar, el General Agustín Toro Dávila. Se había terminado la autonomía universitaria y existían severas medidas de disciplinamiento.

Como los estudiantes protestaban, el entonces Decano de la Facultad de Filosofía llamó a todo el cuerpo de profesores, a los que les señaló que no debían ni siquiera mirar las manifestaciones de los estudiantes. De lo contrario, nos despediría de nuestro cargo.

Malva mantuvo una gran dignidad con todo lo que ocurría, existían profesores que eran de derecha, pero a mi parecer la delatora fue con la información de lo ocurrido a Rodrigo a las autoridades. Las que exigieron la renuncia de Malva.

Con todo, fueron muchos los apremios hasta que al final ella debió salir de la Universidad.

En 1981, fui exonerada de la Universidad de Chile.

La Facultad de Filosofía fue destruida. Se generó la llamada Academia.

Chile era una cárcel y un cementerio. Prohibido ver, prohibido hablar.

Ni perdón ni olvido.

LITERATURA Y DICTADURA

Frente a la prohibición de mirar, intenté no ver.

Frente a la prohibición de hablar, guardé silencio.

Frente a la prohibición de escribir, guardé mis lápices.

Sólo quedaba pensar en la escena. Y en ese tiempo, leía *Freud y la escena de la de la escritura*. Derrida, como Freud, examinaba el comportamiento de la psique y el lugar del trauma. Su capacidad signifiante, su manera de escribir, de insistir en ciertas direcciones de sentido. El desplazamiento, la fuga de ellos; su condensación.



Esas dos matrices de la significación me permitieron buscar algunas formas para decir algo.

Por otra parte, la lectura de *Soledad I* del poeta español Luis de Góngora, y en menor instancia, el gran Lezama Lima, y más adelante, Cabrera Infante y su novela *Tres tristes tigres* y Severo Sarduy, con su libro *Cobra*, me permitieron pensar que el lenguaje encubría en sus despliegues y fugas más significantes errantes, arcaicos, orales y díscolos de los que podía yo imaginar. Así pues, la crítica o por lo menos el cuestionamiento al Imperio español estaba contenida en ese palacio de la naturaleza modelado con el léxico español y la gramática latina. Y en Sarduy, había la producción de una novela transtextual.

Elegí la inquietante clave neo-barroca en mis primeros dos libros de poesía.

La formación lingüística que había adquirido, más los estudios literarios, en los que leí de manera especializada a Lacan, Freud, Foucault, Kristeva, Barthes, Derrida y tantos otros en el post estructuralismo francés me dio las bases para pensar, lo único posible en Dictadura.

Situarnos en una escena político-literaria única, en la que los significantes eludieran lo innombrable, la locura. Así se hizo en los textos literarios de Eltit, Maquieira, Gonzalo Muñoz, Antonio Gil, Carmen Berenguer y Carla Grandi.

Así ocurrió en los textos de Juan Luis Martínez, en que en una casa-museo los habitantes desaparecen entre una pieza y otra, en que el lenguaje se vuelve concierto y fiesta barroca (Eltit), en la pena difusa y arcaica de Carla Grandi en su libro *Contraproyecto*, en el hambre trastemporal de *Bobby Sands desfallece en el muro* de Carmen Berenguer.

Escribí, desde el año 1983-1984, en la Revista *Pluma y Pincel*, cuyo director, Gregorio Goldenberg, me ofreció un espacio para mis textos, en su publicación, opositora al régimen.

También analicé los sentidos de la obra de Lotty Rosenfeld. Primero, en 1979, un texto con Diamela Eltit, *Desplazamientos*. Escribimos, dando cuenta de las operaciones semiológicas del arte de Lotty Rosenfeld, quien, mediante una cinta blanca (o una venda, como se designó), alteró la circulación del tránsito en Avenida Kennedy.

Ella operó así de manera metafórica, ocupando el tránsito como metáfora de las mecánicas de significación, de modo que esa cinta constituyera un paradigma de un deseo de clausura de las operaciones de represión y tortura sostenidas por el régimen. El espacio intervenido (la calle) como la mente que era necesario liberar, abrirla a signos más amplios, justos y democráticos.

El segundo texto que realicé sobre Lotty fue sobre su video ganador del Premio Internacional de la Bienal de Tokio en 1985. Se llamó *Paz para Sebastián Acevedo*, y fue un homenaje a los caídos de Chile, en la figura del obrero que se autoinmoló en protesta por sus dos hijos detenidos por los efectivos de seguridad.

En 1986, publiqué en un artículo destinado al arte de Lotty, un texto llamado "La economía dramática de la ciudad". El libro se llamó, *Desacato: Sobre la obra de la artista visual Lotty Rosenfeld*. Fco. Zegers Editor.

Después de mi salida de la U. de Chile, fui a la Universidad de Pittsburgh, en donde obtuve un Máster of Arts en Literatura Hispanoamericana. Allí leí crítica literaria, entre las que destaco a Jean Franco y Sara Castro Klarén y su maravilloso artículo, "Huamán



Puma y el espacio de la pureza". Estas dos mujeres fueron claves para mí. La lectura de Lispector y Peri Rossi fueron muy interesantes en la medida en que el talento de sus escrituras me dieron energía para poder escribir.

Regresé a Santiago de Chile en 1982 y gracias a un amigo mío, obtuve trabajo en el Instituto Profesional de Santiago, institución emanada de la Universidad de Chile (específicamente las carreras de Bibliotecología y Documentación, Diseño y Trabajo Social). Allí permanecí hasta el año 1991.

En 1984 di forma a un texto, *Vía Pública*, en el que exploré la idea de un viaje urbano y ciudadano por la ciudad tomada. Busqué el lenguaje de una mujer joven que indaga las claves de su identidad bajo el gobierno totalitario del General Pinochet. Entonces, lo que intenté que surgiera fue la historia de esa ciudad y cómo los desastres políticos, es decir, las violaciones a los derechos humanos afectaban y afectan los espacios internos y externos de la ciudad y del país.

En 1986, publiqué *Filiaciones*, Van. Sa. Ediciones, en el cual hice converger memoria, historia, género, lenguaje, bajo el cruce de dos prismas: el barroco del Siglo de Oro y las vanguardias del siglo XX, especialmente la obra de Duchamp *La Recién casada puesta al desnudo por sus solteros*.

Filiaciones gira en torno a la construcción del Metro de Santiago de Chile, que fue construido entre 1969 y 1975, y en la que durante la década de los 80 todavía se realizaban faenas. Pero sobre todo es su estructura subterránea y oscura lo que me sedujo como para hacer de su construcción la materia de mi libro. Me pareció que contenía la capacidad de ser archivo mnemónico de tramas múltiples de historia, por la capacidad de circulación que tenía y por su carácter decorativo, los juegos de sus luces de color, y percibí su carácter de dispositivo ordenador de rutas y paisajes desde un eje modernizador aparentemente pragmático.

Quise invertir ese programa, superponiendo drama, política, historia de la Conquista y Colonia, modernización y ordenar todo eso en el espacio metálico del neón a la velocidad del plasma sanguíneo, sacudido por la electricidad de los distintos circuitos.

Insertar allí el plano inconsciente, carnal, excesivo, melancólico, de modo de que el pasado se volviese actual.

En 1990, publiqué por Ed. Cuarto Propio mi libro de crítica, *Campos Minados (Literatura Post Golpe en Chile)*. En ese texto di curso a mi crítica al falologocentrismo y a la Dictadura; allí pude percibir la escritura como un acto de resistencia y emancipación.

Y en 1992, publiqué mi libro *Emplazamientos*, Ed. Cuarto Propio, que ganó el Premio Municipal de Poesía en Santiago y el Primer Premio de la Universidad de Chile.

En este libro intento dar cuenta de la palabra confiscada, sitiada por los mecanismos de opresión no sólo de la Dictadura, sino de toda la historia de Chile. Quise dejar una forma más límpida de expresión, ya que las retóricas del silencio y el encriptamiento que utilicé durante la Dictadura ya no eran necesarias, puesto que pese a tener un gobierno con un enclave autoritario, la Dictadura había caído.

En 1998, publico mi libro *Dónde Vas*, que es un homenaje a las hermanas Quispe Cardozo, que fueron encontradas muertas en la quebrada de Tola, Copiapó, Chile en 1974. Eran indias, de la raza coya y se dedicaban al pastoreo. Fueron encontradas



muertas, con cuerdas que ceñían sus cuerpos y sus animales: sus perros y cabras, colgados o degollados.

Nunca se aclaró si esto fue un suicidio o un asesinato. Nunca se supo nada. De todas maneras, su muerte interpela a la comunidad blanca que marginaliza y confina a las etnias indígenas, más aún a las mujeres. Me uno, en ese sentido a Antonin Artaud, que pensaba que detrás de un suicidio, siempre había un otro que ayudaba a empuñar la mano que buscaba la bala y el gatillo.

Es obvio que hay una responsabilidad ética y política de la cultura occidental con respecto al genocidio indígena. Quienes los maltrataron y diezmaron fueron europeos blancos y chilenos que no tuvieron ningún reparo en despojarlos de sus saberes, de su lengua, de sus visiones de mundo y de sus maneras de operar en el mundo (el nomadismo de los kawésqars; la colectividad de los mapuches no cupo dentro del capitalismo).

Hoy en día, como forma de sobrevivencia, sus formas de vida se han plegado en muchos sentidos, a la occidental. Hay grandes poetas de origen mapuche, hay representantes políticos en estas etnias y aunque todavía no se pueda hablar de una justicia étnica y racial, existen más posibilidades culturales que en los tiempos en que las hermanas Quispe Cardozo acabaron con sus vidas.

Preocupada por el tema de la discriminación al trabajo artístico de las mujeres, elaboré una Antología de poesía escrita por mujeres desde Teresa Wilms Montt hasta Malú Urriola, y que publicó la Editorial Dolmen, en 1998. La denominé *Confiscación y Silencio*.

La volví a publicar más de 20 años después, apoyada por la Universidad de Talca, con el nombre de *Cuerpos Desiguales*. Esta reedición de la Antología cambió no sólo de nombre, sino en la inclusión de poetas más jóvenes y de figuras de la cultura mapuche, como Graciela Huinao, Sonia Caicheo, Roxana Miranda Rupailaf e Ivonne Coñuecar.

En el año 2004, publiqué mi libro *Extraña Permanencia*, en el cual elaboro desde una poética mixta, que oscila entre la poesía y la prosa, la vida durante la Dictadura militar, y la 'salida' de la Concertación entre los años 1990 a 2000.

También escribí ese mismo año un libro sobre Sergio Castillo, escultor chileno que ha indagado en el campo de la escultura, con formas que buscan la monumentalidad. Siempre en el campo de las artes visuales, escribí sobre la performance de Alexis Carreño y los trabajos de orfebrería de Tanya Maluenda, con textos publicados a la manera de catálogo en sus obras respectivas, *Fallow me*, del primero y *Ortopedias estéticas*, de la segunda. Posteriormente, escribí sobre la pintura de Héctor del Campo *Vida de un hombre* y de Patricio González, *Divisadero*, en el año 2006.

En el año 2009, publiqué mi libro de poesía *Oficio de Vivir*. Intenté, en ese libro correlacionar las retóricas de opresión desde la Conquista hasta hoy.

En el año 2012, publiqué un texto poético en el que exploro las condiciones de vida durante y después de la dictadura. Se llama *A Contrapelo* y lo publicó la Editorial Cuadro de Tiza. Caractericé la historia vivida como minoritaria, por su carácter rebelde con respecto a las instituciones y a los espacios de poder.

En el año 2014, publiqué el libro de ensayos, *Ficciones del Muro*, Cuarto Propio, que indaga sobre las escrituras de Marta Brunet, José Donoso y Diamela Eltit.



En el año 2021, publiqué mi poema *Veinte Pájaros*, por la Editorial Cartonera La Joyita.

El aprendizaje que me dejó vivir en Dictadura consiste en aprender a vivir en un exilio interno, habitar el propio territorio como si fuese extranjera, sensación que perdura en mí hasta hoy.

No me he sentido ni me siento identificada con ninguna de las máscaras o mascaradas del éxito, no del triunfo. Soy minoría y no pretendo adoptar ninguna pose para simular lo contrario.

Durante el período más álgido de la Dictadura, hubo un gesto de resistencia, una batalla político-cultural, que yo creo, fue liderada, por una parte, por Diamela Eltit y por otra parte, por Nelly Richard.

Cada una de ellas elaboró un lenguaje, una microgestión de resistencia cultural. Diamela desde sus escritos, la participación suya en el CADA (Colectivo de Acciones de Arte) y más tarde, en el año 1985, con el Congreso Internacional de Literatura Femenina, que trascurrió en agosto de 1987.

Sus novelas me parecieron –y me parecen hasta hoy– deslumbrantes. Abren, como he dicho, nuevos horizontes estéticos y políticos.

Nelly, por su parte, con sus conferencias sobre Arte Contemporáneo, sus textos sobre Leppe, Altamirano, Juan Domingo Dávila, Lotty Rosenfeld, Paz Errázuriz y otros artistas visuales, elaboró un lenguaje crítico que generó adhesión y pensamiento, que se extendió no sólo a las artes visuales, sino también a la Crítica Cultural. Creo que ella abrió un espacio crítico y pensante que de cierto modo fue impactante y hermoso.

Nelly tenía el interés de producir encuentros, zonas de diálogo entre el arte, la literatura y las ciencias sociales, generando tensiones, zonas de cruce y zonas de choque. Sus libros, *Residuos y Metáforas*, (1981) *Masculino/Femenino* (1993) y *La insubordinación de los Signos* (1994) fueron paradigmáticos.

Entre estos encuentros, destaco: ¿Dónde los restos?, ¿En qué zona los desperdicios? Esta convocatoria la realizó Nelly en 1995, e invitó a Carlos Altamirano, Juan Domingo Dávila, Arturo Duclos, Lotty Rosenfeld, Paz Errázuriz, Gonzalo Díaz. Posteriormente, trataba de abrir un debate e invitaba a un grupo de figuras culturales para que discutieran los temas. Esto daba origen a textos que circularon profusamente por los medios culturales chilenos.

Estos gestos abiertos, plurales y generosos inauguraban un debate rico y amplio, de muchas aristas. Había aportes de la filosofía, la crítica cultural, el feminismo, la literatura que ocurrían en galerías, centros de arte y diferentes salas.

Lo que permanece hoy en día de esos tiempos desconcertantes, es la obra, en primer lugar, sus propuestas y sus múltiples sentidos. Creo también en la capacidad innovadora de su lenguaje, tanto desde la crítica, como desde la novela y la poesía.

El legado entonces consistiría en la capacidad de producir gestos de sobrevivencia en épocas violentas y represivas, y en que esos gestos tengan la capacidad de operar más allá de su tiempo y de su historia, teniendo en cuenta que las fuerzas y las figuras que nos llevaron a la pendiente dictatorial, siguen vivas en este país, con rostros que tuvieron participación política en esa época, tales como Allamand (hoy en España), Andrés Chadwick y Joaquín Lavín, presentes hasta hace muy poco.



En el año 2018, se hizo, en la Escuela Militar, un homenaje a Miguel Krassnoff, cuyo nombre ha aparecido como implicado en más de 91 casos de detenidos-desaparecidos.

A los 77 años, permanece en el Penal Punta Peuco, condenado por delitos de lesa humanidad por más de 900 años de cárcel.

Entonces, ésta no es una historia olvidada y lejana, sino que aún quedan semillas de su autoritarismo y crueldad, las que es mejor no olvidar para no asombrarse y pensar que los tiempos de justicia y de paz viven en Chile.

La micro resistencia en la que estuve no fue la única, por supuesto hubo muchas otras. Como las del exilio, por ejemplo. O las del campo de la filosofía; en las artes visuales y espero que hayan sido muchas más.

Eugenia Brito (Santiago, Chile, 1949). Doctora en Literatura Chilena e Hispanoamericana por la U. de Chile; Master of Arts por la Universidad de Pittsburgh, USA. y Licenciada en Literatura por la U. de Chile. Ha escrito los siguientes libros de poesía, *Vía Pública* (1984), *Filiaciones* (1986), *Emplazamientos* (1992); *Dónde Vas* (1998), *Extraña Permanencia* (2004), *Oficio de Vivir* (2008), *A Contrapelo* (2011). Es autora de los siguientes ensayos: *Una milla de cruces sobre el pavimento*, (con Diamela Eltit, 1978), *Campos Minados* (1990), *Sergio Castillo* (1998) y *Ficciones de Muro* (lecturas de Brunet, Donoso, Eltit, 2013). Recibió la Beca Guggenheim en 1989. Ha obtenido el Premio Municipal de Poesía en Sgto. por su libro *Emplazamientos* y el Premio de la Crítica de la U. de Chile por el mismo libro.

eugeniabritoastrosa@gmail.com